

—¡Soy muy indiscreto, escusadme! pero primero que vuestra existencia es muy penosa. Liubov... al lado de vuestro padre... pertenece á otro tiempo... y me parece muy severo...

Liubov tembló y levantó sus ojos reconocidos ha-Smolín.

—No tiene muy buen carácter, es verdad, pero ya estoy acostumbrada... Tiene sus cualidades...

—¡Oh! ¡es incontestable! Pero sois tan joven, tan bella, tan instruida, con vuestras ideas!... pues he oído hablar mucho de vos...

¡Su sonrisa era tan buena, tan compasiva, su voz se hacia tan tierna!... Un soplo tibio pasó en el aire y calentó sus corazones. La joven sintió germinar en el fondo de su alma, la esperanza tímida de la dicha y de la próxima libertad...

## XII

Al día siguiente, por la mañana, Tomás, de vuelta de su viaje al Volga, se encontraba en el cuarto de Ejóff. Sentado ante la mesa llena de periódicos. Ejóff le contaba lo que había ocurrido en la ciudad durante su ausencia:

—La elección de los comerciantes ha empezado: quieren nombrar alcalde á tu padrino ¡el viejo diablo! Como Satanás, es inmortal... tiene más de ciento cincuenta años. Da su hija á Smolín... ¡lo recuer-

das? ¡aquel de pelo rojo! Se preocupan mucho de él... ¡pero en los tiempos que corremos, se alaba á un hombre, cuando es un pillo redomado, puesto que ya no existen hombres! Africán es hoy un hombre culto; ha penetrado en la sociedad intelectual, ha hecho donaciones y á fe mía se ha creado una bella situación... En cuanto á mí, le tengo por un perfecto granuja; pero irá lejos, pues tiene el sentimiento del cálculo... Sí, amigo mío, Africán es un liberal... y un comerciante liberal es una mezcla de lobo y de cerdo, entreverado de sapo y vípera...

—¡Bah! ¡me río de eso! dijo Tomás con indiferencia. ¿Qué me importa? Y tú ¿sigues bebiendo?

—Yo lo creo; ¿por qué no?

A medio vestir, despeinado, Ejóff se parecía á un pájaro desplumado que sale del combate y aun no ha vuelto en sí.

—Bebo porque me hace falta de cuando en cuando apagar los ardores de mi corazón ulcerado. Y tú, leño húmedo, ¿te consumes aún poco á poco?

—¡Debo ir á casa del viejo! dijo Tomás con una mueca.

—¡Ten valor!

—No tengo grandes deseos de ir... Va á empezar sus sermones...

—Entonces no vayas...

—¡Es preciso!

—Entonces ve.

—¡Déjate de chanzas! dijo Tomás descontento. Cualquiera diría que realmente estás muy alegre...

—¡Y te juro que es así! exclamó Ejóff saltando de la mesa al suelo. ¡Qué repaso le he dado ayer en el periódico á cierto individuo! Y además he oído una historia muy instructiva: Algunas personas reunidas al borde del mar hablan de filosofía á propósito de la vida. Entre ellos un israelita dice: «Señores, ¿para qué tantas palabras inútiles? Voy

á decirlo todo esto en dos palabras: nuestra vida no vale los dos sueldos que podríamos echar al agua..

—Vamos, ¡déjame en paz! Adiós... me voy.

—¡Te marchas! Hoy me hallo en los tonos mayores y no puedo gemir contigo... tanto más cuanto que tú no gimes... gruñes...

Tomás dejó á Eloff, que cantaba á grito pelado: «Los tambores baten la carga..»

—«¡Tambores! ¡Buen tambor eres tú!» pensó Tomás irritado, atravesando lentamente la calle.

Liuba le recibía en casa de los Maiakín. Conmovida y muy animada, vino á su encuentro y dijo vivamente:

—¡Tú! ¡Dios mío, qué palido estás!... y delgado...

—¡Debes llevar una linda vida!

Después su rostro reveló viva ansiedad.

—¡Ah, Tomás! ¡En verdad, tú no lo sabes! ¿oyes? Llaman... quizás sea él..

Y la joven se lanzó fuera de la habitación, con un crujir de sedas delicioso, dejando á Tomás absorto y no dándole tiempo siquiera para preguntarle por Maiakín.

En aquel momento presentóse Jacob Tarasovitch. Venía vestido de levita muy larga y cubierto de condecoraciones; se detuvo en el umbral, apoyadas ambas manos en el montante de la puerta. Sus ojos verdes examinaban á Tomás que sintiendo como el peso de aquella mirada, concluyó por levantar la cabeza...

—¡Buenos días, hermoso caballero! dijo el viejo moviendo la cabeza con aire burlón. ¿De donde viene? ¿Quién le ha reducido á ese estado de delgadez? ¡Hay de mí! la trucha busca el remanso y Tomás el cieno, el mal..

—¿No tiene V. otras palabras para m? replicó Tomás, sombrío, fijando sus ojos en los del viejo.

A estas palabras, el rostro de Jacob cambió de color, sus piernas flaquearon; un violento temblor le sacudió y se agarró á la puerta. Tomás hizo un movimiento para prestarle auxilio, creyendo que se ponía malo. Pero el viejo le detuvo con el gesto y con voz sorda que dejaba entrever su furor:

—Vete, le dijo.

Y su rostro recobró la expresión habitual.

Tomás dió un paso atrás y se encontró al lado de un individuo de mediana estatura, redondo, que saludó á Maiakín y pronunció con voz ronca:

—¡Buenos días, papá!

—¡Buenos días, Taras Jakovlitch, buenos días! decía el viejo sin quitar las manos de la puerta, sonriendo con aire estúpido.

Tomás, incomodado se alejó un poco, y se arrellanó en una butaca considerando con curiosidad extraña el encuentro del padre con el hijo.

En el umbral de la puerta, Jacob Tarasovitch temblaba de pies á cabeza; con la frente doblada á un lado, los ojos medio cerrados, miraba á su hijo en silencio. Taras, frente á él, con la cabeza erguida, envejecido, fruncido el ceño, posaba en su padre sus grandes ojos oscuros.

Una barbita negra, puntiaguda y varios pelos de bigote diseminados temblaban en su rostro huesoso, de larga nariz, parecido al de su padre. El sombrero temblaba en sus manos. Por encima del hombro del viejo, Taras podía percibir el rostro pálido, asustado y dichoso de Liubov. Esta miraba á su padre con gesto suplicante y parecía pronta á hablar.

Durante algunos momentos, los tres permanecían en silencio, inmóviles, aplastados por la violencia de sus sentimientos. Jacob rompió al fin el silencio diciendo con voz sorda y temblona:

—¡Tu estás viejo, Taras!

El hijo sonrió y examinó á su padre de arriba á abajo. Este dejó la puerta, dió un paso hacia adelante y se detuvo arrugando el ceño. Entonces Taras Maiakín, de un salto, se colocó frente al viejo y le tendió la mano.

—Abracémonos, propuso el padre dulcemente.

Se arrojaron uno en brazos del otro, y con movimiento brusco se estrecharon convulsivamente.

En este momento las arrugas del viejo temblaban, mientras que el rostro huesoso del joven guardaba su inmovilidad altiva.

Su abrazo no cambió en manera alguna el aspecto exterior de aquella escena de familia. Liuba sollozaba de alegría y Tomás pudo al fin respirar ruidosa y libremente.

—¡Eh, hijos míos, sois las llagas del corazón y no sus alegrías! pronunció Maiakín con voz vibrante.

Debió poner toda su alma en esta queja, pues su rostro se iluminó; pero pronto se sobrepuso y dijo á su hija con gesto de enfado:

—¡Ea! ya estás entontecida por la alegría... danos algo, té, etc... ¿No debemos festejar la vuelta del hijo pródigo? Tú, viejecillo, ¿no te acuerdas ya de cómo es tu padre?

Con sus grandes ojos meditabundos, Taras Maiakín examinaba á su padre y sonreía. Se callaba, y sus vestidos negros hacían resaltar más las canas que sembraban aquí y allá su barba y sus cabellos.

—¡Vamos, siéntate! Habla, cuenta tu vida, todo lo que has hecho. ¿Qué miras? ¡Ah! es mi ahijado... el hijo de Ignat Gordeieff, Tomás... ¿Te acuerdas de Ignat?

—Me acuerdo de todo, respondió Taras lacónicamente.

—¡Oh! Estaría bien... si no te alabases... ¿Eres casado?

—Viudo...

—¿Tienes hijos?

—Es lás-ti ma... ¡Habría tenido nietos!

—¿Puedo fumar? preguntó Taras.

—¡Ya lo creo! ¡Bah! ¿fumas cigarros?...

—¿Le desagrada?

—¿A mí? me es igual... no, digo eso porque un cigarro... es de gran señor...

—¿Y por qué estimarnos menos que ellos? dijo Taras sonriendo.

—Pero ¿acaso he dicho yo eso? exclamó el viejo. He hecho una simple observación... porque me parece eso muy raro. Un viejo serio, con la barba cortada á la europea y un cigarro en la boca... ¿Qué es? ¡Hijo mío! ¡ja, ja, ja!

El viejo empujó á Taras por el hombro y retrocedió asustado, preguntándose si su alegría no era prematura y si era así como él debía recibir á aquel hombre encanecido. Con mirada curiosa se puso á examinar el rostro de su hijo, sus grandes ojos sobre todo, rodeados de un círculo obscuro y ligeramente hinchado.

Taras le envió una sonrisa afectuosa y le dijo pensativo:

—Así es como yo le recuerdo; siempre alegre y vivo. Los años no pasan por usted... no cambia...

El viejo se irguió, lleno de orgullo, y dijo golpeándose el pecho:

—¡No cambiaré jamás! La vida no rinde al hombre que conoce su propio valer. ¿Verdad?

—¡Oh, qué soberbia!..

—¡Imito á mi hijo, ya se ve! exclamó el padre con maliciosa sonrisa. Tengo un hijo, amigo mío, que por orgullo ha permanecido en silencio durante diez y siete años.

—Es que su padre no quería oírle, replicó Taras.

—¡Bueno! Ya pasó... Dios solo puede juzgar cuál

de los dos tuvo la culpa. El es justo. El te lo hace ver, ten paciencia... Yo sólo deseo guardar silencio sobre esto... No es tampoco hora de hablar. Dime más bien lo que te has hecho durante estos largos años. ¿Cómo estás en aquella fábrica? ¿Cómo has hecho tu carrera?

—¡Es largo de contar! dijo Taras suspirando.

Lanzó al techo una bocanada de humo y repuso:

—Desde que pude trabajar libremente, entré como empleado en casa del gerente de las minas de oro que pertenecen á los Remezoff...

—Les conozco... gente muy rica. Tres hermanos; les conozco á los tres. El uno es deforme, el otro tonto y el otro avaro... Continúa..

—He trabajado allí durante dos años... y me casé con la hija, continuó Taras con voz aguda.

—¿La hija del gerente? Eso no está mal.

Taras se calló pensativo... El viejo notó su expresión dolorosa y adivinó la causa.

—Veo que has sido dichoso en tu matrimonio... ¿Qué hacer? El paraíso es para los muertos y los vivos deben continuar sus negocios.. Por otra parte, no estás viejo... ¿Hace mucho tiempo que enviudaste?

—Tres años...

—¡Ah! Bueno.. ¿y cómo has entrado en la fábrica?

—Es la fábrica de mi suegro.

—Muy bien, ¿cuánto ganas?

—Unos cinco mil rublos...

—¡Hum!... ¡buen pellizco! Sí. ¡Es lindo para un presidiario!

Taras dirigió á su padre una mirada segura y preguntó secamente:

—A propósito, ¿de dónde ha sacado V. que yo he estado en presidio?

El viejo contempló á su hijo con estupefacción que pronto tornóse en loca alegría.

—¡Ah! Pero ¿no has estado allí? ¡Oh, qué bien! Pero entonces ¿cómo es eso?... No te ofendas... ¡Es tan difícil á veces contenerse! Se ha dicho: ¡En Siberia! ¡Y allí está el presidio!

—Para concluir de una vez con todas esas leyendas, dijo Taras golpeando su rodilla, voy á contarte inmediatamente cómo pasaron las cosas. He sido deportado á Siberia durante seis años, y he vivido todo ese tiempo en el gobierno minero de Lensk... He estado nueve meses en la cárcel de Moscou... ¡eso es todo!

—¡Bah! ¿cómo ha podido ser? balbuceaba Jacob, alegre y confuso.

—Circuló ese rumor estúpido...

—Verdaderamente estúpido, repitió el viejo.

—Que ya me ha sido una vez perjudicial...

—¿Es posible?

—Sí... había emprendido un negocio por mi propia cuenta y he perdido mi crédito gracias á...

—¡Oh! exclamó Jacob Maiakín con cólera, ¡los diablos! ¿habrase visto?

Tomás no se movía en su rincón, guiñaba los ojos mirando al recién venido y seguía atentamente la conversación.

Todo lo que Liubov le contara á propósito de su hermano le había entusiasmado y le creía de fisonomía distinta á la de los demás hombres. Pensaba que Taras debía hablar, vestirse de un modo particular y en general que no podía ser semejante á todo el mundo y he ahí que se encontraba frente á un hombre burdo, serio, correctamente vestido, con ojos severos y muy parecido á Maiakín, de quien no se diferenciaba más que por el corte de la barba y el cigarro. Su lenguaje era claro y breve; hablaba de cosas corrientes. ¿En qué veía Liuba lo extraordinario?

Diserta sobre los beneficios que se pueden sacar

de la fabricación de la soda... ¡Ni siquiera ha estado en presidio! ¡Liubov ha mentido! Y Tomás se representó con placer la conversación que tendría con ella á este propósito.

Liubov se mostró varias veces en la puerta mientras los dos hombres hablaban. Su rostro estaba radiante y sus ojos, resplandecientes de entusiasmo, se posaron en su hermano, vestido con levita de numerosos bolsillos y enormes botones. Andaba de puntillas y extendía el cuello en dirección de Taras. Tomás le echaba miradas interrogadoras, pero ella no las veía, yendo y viniendo ante la puerta, con las manos cargadas de platos y botellas. Se encontraba precisamente en el umbral cuando Taras habló del presidio. Se detuvo como petrificada, con una fuente en la mano, y escuchó religiosamente lo que su hermano contó del castigo que había soportado. Después se fué sin notar la mirada burlona que le dirigió Tomás.

Aborto en sus reflexiones, un poco mohino por pasar inadvertido, aun para el mismo Taras que ni se dignó siquiera mirarle desde que le había estrechado la mano, Tomás olvidaba á los dos Maiakín y su conversación, cuando sintió bruscamente que una mano se había posado en su hombro. Tembló y se puso en pie de un salto, con tal vivacidad, que faltó poco para tirar al padrino, que de pie delante de él, con el rostro animado, le decía:

—Mira, ¡he aquí un hombre! ¡Este es un Maiakín! Se le ha hecho hervir en siete aguas, se le ha prensado como manteca, y vive. ¡Y es rico! ¿Comprendes? Solo, sin apoyo, sin ayuda, ha hecho su camino, y está orgulloso de ello. ¡Lo que es un Maiakín! Maiakín significa un hombre que tiene el destino en sus manos... ¿Has comprendido? Mirale. No encontrarás otro parecido entre ciento. Y hasta te desafío á encontrarlo entre mil. ¿Qué? Acuérdate:

un Maiakín es un hombre; no se hará de él ni un ángel ni un demonio.

Confundido por aquella salida vehemente, Tomás no encontraba nada que responder y sus ojos se dirigían á Taras.

Este fumaba tranquilamente su cigarro, mirando á su padre, mientras una sonrisa vagaba por sus labios; su rostro tenía una expresión de satisfacción benévola y en su mirada se reflejaba un gran orgullo. Parecía contento de ver la alegría del viejo. Sin embargo, Jacob empujaba á Tomás con el dedo y continuaba:

—No conozco á este hijo único... no he abierto su corazón... Es posible que estemos separados por un abismo que no pueda franquear el vuelo del águila, ni atravesar el diablo... Su sangre quizás ha cambiado, y no le resta nada de la sangre paterna... pero es un Maiakín. Y lo siento de pronto. Lo siento y digo: ¡Te dignas, Señor, perdonar tus pecados á tu humilde servidor!...

El viejo temblaba de pies á cabeza y parecía bailar de alegría bajo la nariz de Tomás.

—Vamos, calmáos, padre, dijo Taras abandonando lentamente su asiento y aproximándose á su padre. ¿Para qué alterar á este joven? Sentémosnos.

Sonrió bondadosamente á Tomás y cogiendo á su padre por el brazo le llevó hacia la mesa.

—Creo en la voz de la sangre, decía Jacob Tarasovitch. ¡La herencia es una fuerza! Mi padre, aun lo recuerdo, me decía: «Yaschka, tú eres de mi sangre... La sangre de los Maiakín es una sangre espesa... pasa de padres á hijos y ninguna mujer la corromperá.» ¡Vaya! ¿Tomamos champagne? ¡Bebamos! Y continúa hablándome de tí... de la Siberia...

Y el viejo miró de nuevo á su hijo con mirada

extraviada, como si acabase de ser arrancado del sueño por una idea súbita. Pero el lenguaje claro y preciso de Taras provocó una nueva explosión de alegría muy viva. Tomás no se movía del rincón y lo observaba todo en silencio.

—La explotación minera es una industria interesante, decía Taras tranquilamente, pero al mismo tiempo arriesgado y que necesita de un gran capital... La tierra no dice a nadie lo que guarda... Es al contrario muy ventajoso traficar con los indígenas. Este comercio, organizado sin método, da grandes beneficios. Es una empresa de absoluto reposo... pero enojosa, hay que confesarlo. No pide más que un poco de inteligencia y un hombre de grandes miras no encuentra allí donde emplear sus facultades.

En este momento Liubov entró e invitó a todos a pasar al comedor.

Cuando los dos Maiakín se dirigieron hacia la puerta, Tomás tiró dulcemente de la manga a Liubov y la joven se detuvo, preguntándole con apresuramiento:

—¿Qué tienes?

—Nada, dijo Tomás sonriendo; quería sólo saber si estabas contenta.

—¡Naturalmente! exclamó Liubov.

—¿De qué?

—¿Qué quieres decir?

—Nada... Te pregunto por qué estás contenta...

—¡Qué rarezas tienes! dijo Liubov sorprendida. ¿No lo ves?

—¿Qué?

—Pero ¿qué tienes? exclamó ella, mirándole con inquietud.

—¡Oh! ¡oh! pronunció Tomás desdeñoso. Tu padre y nuestro medio de tráfico ¿pueden producirte alguna sensación de alegría? Los cardos no pue-

den dar frutos. Mentías odiosamente cuando me decías: Taras por aquí, Taras por allá. ¿Qué ves de particular en él? Un comerciante como los demás. Hasta tiene vientre como nuestros comerciantes... ¡ja, ja, ja!

Estaba encantado del efecto que producían sus palabras en la joven, que, alterada, cambiaba de color y se mordía los labios.

—Eres... eres... Tomás... trató de responder con la garganta apretada.

Después golpeó con su pie el suelo y exclamó:

—¡Te prohibo que me hables!

Bajo el dintel se volvió y le dijo a media voz:

—¡Oh! ¡Feo, más que feo!

Tomás se echó a reír. No tenía deseos de seguir al comedor a aquellos tres seres tan dichosos, cuya conversación animada llegaba a él. Oía el sonido de sus voces, risas alegres, ruido de vajilla y se daba cuenta perfectamente de que su sitio no estaba allí. Su sitio no estaba en ninguna parte. Si todo el mundo le aborrecía como Liubov en aquel momento, se sentiría aun más a gusto. Se decía:

«¡Oh! entonces me conduciría como es debido y encontraría a quien hablar, mientras que ahora no comprendo si es lástima ó desprecio lo que excito con mi aspecto de ser sin talento, que no sirve para nada...»

Después de algunos momentos de reflexión, en medio del cuarto, Tomás dejó aquella casa, en la que todo el mundo era dichoso.

En la calle se sintió irritado contra los Maiakín, sus únicos parientes. Se representó el rostro de su padrino, sus arugas temblorosas de placer, sus ojos verdes en los cuales la alegría había iluminado con resplandor fosforescente. «En la obscuridad todo es brillante», se dijo con coraje.

Después su pensamiento se trasladó al rostro tranquilo de Taras y al de Liubov que se inclinaba ansiosa sobre su padre. Experimentaba celos y una gran tristeza.

«¿Quién tendrá para mí esa mirada?... Ni un alma...»

Y volvió á la vida real cerca de los barcos en el muelle, despertado por el ruido del trabajo.

Se llevaban, se arrastraban mercancías y bultos en todas direcciones. Todos circulaban atareados, de prisa, fustigando los caballos, irritándose y gritando, llenaban la calle de agitación y de ruido ensordecedor. Barcos enormes esperaban ya amarrados al muelle y lanzaban espesos torbellinos de humo.

—¡Excelencia, exclamó una voz aguardentosa al mismo oído de Tomás, dignás socorrer á un pobre borracho!

Tomás miró al mendigo con indiferencia: era un pillete enorme, barbudo, la camisa en jirones, el rostro abotagado y cubierto de contusiones.

—¡Lárgate! articuló Tomás dando media vuelta.

—¡Traficante asqueroso, morirás y no te llevarás el dinero contigo! Dame para beber un vasito. ¿Te da pereza de meter la mano en el bolsillo?

Tomás le miró de nuevo y vió que estaba cubierto de barro, hecho jirones, medio borracho aún. Esperaba inmóvil, obstinado, los ojos hinchados é inyectados en sangre.

—¿Es ese modo de pedir? le dijo Tomás.

—¿Qué quieres... que me arroje de rodillas ante tí por diez kopeks?... respondió el hombre audazmente.

—Toma, dijo Tomás poniéndole una moneda en la mano.

—¡Gracias! ¡quince kopeks!... ¡gracias! Si me das

otro tanto iré á cuatro pies hasta la taberna frente, ¿quieres?

—¡Vaya, lárgate! replicó Tomás rechazándole.

—Os lo propongo, dijo el mendigo; pero si no lo aceptáis todo es beneficio para mí.

Tomás le siguió con la mirada y se dijo:

«Hé ahí un perdido, y sin embargo, ¡qué audacious! Pide limosna como si reclamase un débito. ¿De dónde sacan tanta desvergüenza?»

Y se respondió con un gran suspiro:

«¡La sacan de su libertad!... Este no tiene amo... ¿qué tiene que temer? Y yo, ¿qué tengo que temer? ¿Y qué puedo yo sentir?»

Estas dos últimas preguntas abismaron á Tomás en una gran perplejidad. Seguía admirando la actividad del puerto, diciéndose sin cesar: «¿Qué puedo yo lamentar? ¿qué tengo que temer? Debo creer que abandonado á mi sola iniciativa, soy absolutamente incapaz de afirmar mi personalidad... No sería nunca más que un imbécil en la sociedad de los demás... la burla y el empacho de todos... ¡Ah! si pudiesen aborrecerme, rechazarme, entonces... ¡oh! entonces... sería libre como el aire... Me vería forzado á huir de todo el mundo...»

Sobre uno de los puentes resonaba desde hacía tiempo el canto alegre de los marineros. Los hombres de carga se libraban á un trabajo que exigía movimientos rápidos y ellos les acompañaban con el estribillo de una canción, cuyo ritmo era muy vivo:

Los negociantes ricos en la taberna  
Beben licores de los más caros...

cantaba él solo de la *troupe*.

Después el coro seguía. Voces graves cantaban:

¡Más caros, más caros!

Voces más altas respondían:

¡Más caros, más caros!

Tomás prestó oído y se aproximó á los cantores. Vió que los cargadores, puestos en dos filas, descargaban enormes barricas de salazón que sacaban de la cala del buque, con ayuda de cuerdas.

Sucios, con las rojas camisas desabotonadas, los brazos remangados hasta el codo, el color subido por el trabajo, tiraban alegremente de las cuerdas, acompañando al canto rítmico:

Y los pobres campesinos  
no tienen el suficiente vino...

Y el coro repetía con una armonía perfecta:

no tienen el suficiente vino...

Tomás contemplaba este cuadro con una mezcla de placer y de envidia. Las caras afeitadas de los cargadores resplandecían de contento. El trabajo no era pesado y se hacía con gusto. El jefe del coro tenía buena voz. Tomás se dijo que sería dulce tra-

bajar así con buenos camaradas al son de una alegre canción, y después, cansado, tomar un vaso de aguardiente, tragar un buen plato de sopa de coles, con bastante grasa, preparada por la gruesa cantinera de los obreros.

— Más aprisa, amigos míos, más aprisa! gritó de pronto una voz desagradable.

Tomás se volvió.

Un hombre grueso, barrigudo, golpeaba el suelo con su bastón. Sus ojillos estaban fijos en los cargadores y decía:

— Gritad, menos, y trabajad más de prisa...

Tenía el rostro y el cuello reluciente de sudor. Se limpiaba sin cesar con la mano izquierda y soplabá como si acabase de subir una cuesta.

Tomás le miró con odio y se dijo:

«Los otros trabajan y él suda... Pero yo soy peor aún... Soy la mosca de la cochina... no sirvo para nada...»

Cada nueva impresión daba por resultado recordarle su inutilidad. Todo lo que llamaba su atención contenía algo de ofensivo para su amor propio.

A su lado estaban dos marineros. Uno de ellos, muchacho regordete, de cara roja, decía á su camarada:

— ¡Y de pronto se echan sobre mí! ¡ah! ¡amigo mío! ¡Eran cuatro contra uno sólo! Pero se las he tenido tiesas!... ¡creí que me destrozaban! ¡Un carnero se pone rabioso, si se le arranca la piel! Me arrojé hacia adelante con todas mis fuerzas y han rodado por el suelo...

— ¡A pesar de ello, tú has recibido una hermosa paliza! exclamó el otro marinero.

— Ya lo creo, que me he ganado más de un golpe... ¿Pero que importa? No me han matado... y les doy gracias: